

Una corriente antitrinitaria: Miguel Servet

Aunque sea muy esquemáticamente, hay que señalar a un pensador que en el siglo xvi se distanció tanto del catolicismo como en relación con las diversas reformas, y que a partir del siglo xvii fue designado con el nombre de antitrinitario: la persona a que nos referimos es al español Miguel Servet, aunque también hubo otros personajes que adoptaron el anitrinitarismo como Mateo Gribaldi († 1546), Valentino Gentile († 1566) o Giorgio Biandrata (1516-1588).



En 1509 (ó 1510) Miguel Servet (o Serveto) († 1553) nació en Villanueva de Sigena, pueblo de la provincia de Huesca y del obispado de Lérida. Bainton*, en el estudio quizá más completo sobre esta personalidad, afirma que «Servet es una figura fascinante porque reunió en una sola persona el Renacimiento y el ala izquierda de la Reforma. Fue a la vez discípulo de la Academia neoplatónica de Florencia y de los anabaptistas». Sea o no sea esta aseveración precedente suficientemente ajustada, lo que es cierto es que nuestro personaje se interesó por un amplísimo abanico de ocupaciones y de ideas: medicina, geografía, imprenta, teología, exégesis.

Para la formación intelectual de Servet fue decisivo el contacto con el erasmiano Joan de Quintana, de origen mallorquín, confesor de Carlos y, que sin duda le facilitó el acceso a múltiples fuentes de información de origen humanista. Además, Quintana le ofreció la posibilidad de estudiar jurisprudencia durante dos años (1525-1526) en la universidad de Toulouse, donde al parecer tuvo los primeros problemas con la Inquisición a causa de algunas cuestiones relacionadas con la Trinidad. En 1531, Servet publicó *De trinitatis erroribus libri septem* y en 1532 *Dialogorum de trinitate libri duo*. En estos libros, rechazando la terminología escolástica, exponía una doctrina de la

* R. H. Bainton, *Servet, el hereje perseguido (1511-1553)*. Madrid: Taurus, 1973.

Trinidad de carácter histórico-salvífico y modalístico, que Servet consideraba que ya era posible encontrar en Ireneo y Tertuliano. Estaba convencido de que de esta manera se podía explicar correctamente el núcleo central del cristianismo: la filiación divina del hombre Jesucristo (*religio Christianorum est credere hunc Jesum esse Christum et Dei filium salvatorem*). Esta manera de ver las cosas no significaba un debilitamiento de la divinidad de Jesús. Al contrario: en el hombre Jesucristo, se encontraba toda la esencia y todo el poder de Dios (*ego totam Dei naturam in eo [sc. Christo] dico, in eo est tota patris Deitas [...] est sibi data tota Dei potestas, [...] ipsum esse Deum a mundi Dominum*). Según Servet, la doctrina trinitaria tal como la enseñaba la Iglesia era algo imaginario; era, en último término, un producto de la filosofía griega, que destruye la verdad de la unidad de Dios. Esta doctrina, además, es responsable de que los judíos y los mahometanos se mantengan en la increencia y no acepten la verdad del cristianismo (*trinitatis traditio Mahometanis derisionis occasio; Judaei etiam nostrae huic imaginationi adhaerere abhorrent*). Por otra parte, Servet afirma que la doctrina trinitaria da lugar al «triteísmo», que es una adoración atea de tres ídolos. Considera que la doctrina de las dos naturalezas es un atentado contra la divinidad de Cristo. Insiste con fuerza en que se deben abandonar los conceptos metafísicos, a fin de poder captar lo que realmente quiere decir la historia de la salvación revelada en la sagrada Escritura, sobre todo en las cuestiones que se refieren a Jesucristo. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la opinión de Servet sobre la persona de Cristo se encontraba condicionada, en primer término, por su concepto sobre el hombre y, después, por la manera como se figuraba las relaciones del hombre con Dios. Antes de su encarnación Cristo era nombrado el Verbo; después de su unión con el hombre Jesús, se le llamó Hijo. El Hijo, según Servet, no era eterno; el Verbo, en cambio, sí que lo era. Al igual que Tertuliano habla de una Trinidad de dispensaciones (*dispensationes*) o administraciones en el seno mismo de la Trinidad, las cuales no eran más que fases o modos de la actividad divina. El Espíritu, por ejemplo, es simplemente el Espíritu de Dios que actúa en nuestros corazones.

Bainton destaca que lo que últimamente preocupaba a Servet era cómo entender la relación del hombre con el Eterno. Mediante Cristo era su respuesta, «porque Cristo ha demostrado que el hombre puede elevarse hasta Dios y compartir con él la vida eterna». Los adversarios

de Servet no podían admitir que alguna vez los hombres llegaran a no tener necesidad de un abogado, de un mediador, ya que eran radicalmente pesimistas respecto a las posibilidades de la naturaleza humana. Siguiendo esta línea de pensamiento, sacaron la conclusión de que «si el plan salvífico de Dios no se encontrara arraigado en la estructura de su ser, podría peligrar la eterna salvación del hombre».

Después de la publicación de los dos libros a los que nos hemos referido, Servet emprende un largo recorrido por Europa con el nombre de Michel de Villeneuve, ejerciendo de médico, corrector de imprenta y geógrafo. En 1540 se estableció en Vienne, donde pasó doce años, trabajando para la firma editorial Trechsel, contando siempre con la protección del arzobispo de la ciudad, Pierre Palmier. Durante este tiempo escribió su libro más importante, *Christianismi restitutio*, que fue publicado en 1553. La cuestión de la restitutio del cristianismo o de la Iglesia era un tema muy caro a los humanistas, a los espiritualistas y a los anabaptistas. Servet expone en esta obra sus antiguas doctrinas con nuevos argumentos e incluso con algunas facetas que a menudo tienen un fuerte matiz panteísta. Dios es la esencia de todas las cosas: en la madera, él es madera; en la piedra, él es piedra, porque posee el ser, la forma, la verdadera sustancia de la madera o de la piedra en sí. Con la ayuda de la terminología neoplatónica del logos, Servet intentó comprender el significado de Cristo. El logos es la idea de todas las cosas; es el mundo que lo configura todo, es el arquetipo de todo (*ille [sc. logos] ipse Dei sermo est [...] rerum omnium idea*). Al propio tiempo es la luz, en y por la cual lucen las imágenes o las representaciones (*imagines seu repraesentationes*) de todas las cosas. Coloca al Espíritu Santo junto al logos en el acto de la creación del mundo. Servet rechaza como herética la doctrina cristológica de la preexistencia de la segunda persona de la divinidad y también la doctrina de las dos naturalezas del Hijo de Dios encarnado.

A consecuencia de su posición panteísta, Servet atribuye al hombre una innata cualidad divina, la cual no le ha abandonado nunca y que, de alguna manera, le permite actuar conjuntamente con Dios. Hay que subrayar, sin embargo, que Servet también mantuvo con fuerza la doctrina de la caída de Adán y la necesidad de la redención operada por Cristo. En el centro de su doctrina de la salvación está el renacimiento celestial, que es el engendramiento celestial del hombre nuevo, en el que la sustancia del Creador se une con su creatura (cuerpo y espíritu).

En el *Christianismi restitutio* ocupa un lugar importante el elemento anabaptista (el título de la obra ya pone de relieve este aspecto baptismal). Hay que decir, no obstante, que la doctrina servetiana no era exclusivamente anabaptista. Contenía elementos católicos, renacentistas y anabaptistas. «Con la Iglesia católica, Servet opinaba que el hombre es capaz de cumplir la ley natural, incluso sin la ayuda de la gracia, como Zacarías y Elisabet, los padres del Bautista, que son llamados justos, a pesar de no conocer a Cristo». «Servet coincidía con la idea renacentista del hombre, que, colocado en Medio de la gran cadena del ser, es capaz, mediante su propio poder, de bajar o de subir hasta llegar a unirse con Dios». «El elemento específicamente anabaptista aparece en la idea de la generación baptismal del hombre redimido: "Nuestro hombre interior nace en el bautismo con la armadura incorruptible del Espíritu" (Servet)». A causa de este parcial acuerdo (y desacuerdo) con católicos, reformados y anabaptistas, Servet fue rechazado y perseguido por los tres grupos, sobre todo por los dos primeros, que eran en realidad los únicos que disponían de poder político.

Servet, perseguido por la Inquisición francesa, se refugió en Ginebra, donde la «inquisición calvinista» le condenó a morir en la hoguera (según se cuenta, con leña verde). Fue ejecutado en el campo del Champe, cerca de Ginebra, el 27 de octubre de 1553. Seguidamente se desencadenó una enorme polémica, dirigida sobre todo contra Calvino, al que se acusaba de haber herido frontalmente la libertad religiosa.